



Rocío Peñalta Catalán
ANDAR POR CASA



EDITORIAL
CUADERNOS
DEL LABERINTO

— Anaquel de Narrativa —

ROCÍO PEÑALTA CATALÁN
ANDAR POR CASA

Fotografías: Elena Peñalta Catalán
Prólogo: Juan Gómez Bárcena



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—ANAQUEL DE NARRATIVA, n.º 8—
MADRID • MMXIII

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © ROCÍO PEÑALTA CATALÁN
Fotografías © ELENA PEÑALTA CATALÁN
Prólogo © JUAN GÓMEZ BARCENA

De la edición: © CUADERNOS DEL LABERINTO
www.cuadernosdelaberinto.com

Diseño de la colección: ABSURDA FÁBULA
www.absurdafabula.com

Octubre 2013
I.S.B.N.: 978-84-941115-9-4
Depósito legal: M-13385-2013
Impreso por Cimapress en Madrid

Fabricado en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

PRÓLOGO

Conocí a Rocío Peñala en 2005, cuando ambos estudiábamos Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad Complutense de Madrid. Recuerdo que el aula donde intercambiábamos nuestras primeras palabras estaba llena de proyectos de escritores que buscaban una voz, un nombre, un primer libro publicado. La mayoría éramos jóvenes; hablábamos demasiado, incansablemente, de los textos que habíamos escrito la víspera, y con el ruido de esas palabras disfrazábamos lo mucho que todavía ignorábamos. Sólo Rocío parecía, de alguna forma, ajena a esas conversaciones. No debe de ser escritora, recuerdo haber pensado de ella con sorpresa —con alivio, porque en verdad éramos demasiados— al verla siempre callada, vagamente sonriente, mientras los demás librábamos la batalla de la creación en la cafetería o en el césped del campus, en agotadoras tertulias que parecían no acabar nunca. Por aquel entonces pocos podíamos imaginar que tras ese humilde silencio se fraguaban lenta, discretamente, algunos de los espléndidos textos que componen este

)V(

libro. *Textos que todos nosotros habríamos deseado escribir en lugar de hablar, de discutir tanto.*

Desde entonces la obra de Rocio ha sido para mí un agradable y perpetuo descubrimiento, que año tras año ha sabido renovar mi admiración con nuevas páginas. Es la suya una voz tallada en el silencio, afinada de espaldas al mundillo literario, a las publicaciones, a los premios. Se alimenta de la materia prima de la cotidianidad, toca da por ese raro don de ver literatura donde los demás vemos solamente rutina. El resultado es este libro inclassificable, esta pequeña colección de piezas domésticas, estos —ya nos lo advierte el título— textos de andar por casa, capaces de devolvernos a la intimidad de nuestros propios hogares, a la emoción ignorada de nuestras propias experiencias cotidianas. Sentimientos familiares y a la vez insólitos, que como los achicopales que encontramos en el libro nos turban y nos reflejan en su penetrante mirada de esfinge.

Textos, páginas, piezas; he usado palabras vagas, palabras que en cierto modo no comprometen a nada, porque no resulta fácil definir los ingredientes que componen la literatura de Rocio. Me sigo resistiendo a llamarlos cuen-

*los o microrrelatos: esta resistencia es sin lugar a dudas un elogio, pues significa que su autora ha sabido ofrecer-
nos algo nuevo, páginas insólitas que están a medio cami-
no del cuaderno de viajes, los aforismos, el diario personal,
la poesía.*

*Es para mí un privilegio presentar la obra de Rocío Peñalta a sus primeros lectores. Espero que su lectura les fascine tanto como a mí y que también como yo sean fie-
les a sus próximos libros, pues quiero pensar que Rocío continúa tejiendo nuevas páginas para nosotros, con su minuciosa paciencia de orfebre. Textos tan brillantes como las páginas que vienen a continuación, llenas de pájaros de papel de plata, de achicopales, de cables que transmiten electricidad a ningún lugar, de mentiras. Y por supuesto, también agujereadas de silencios que el lector debe aprender a escuchar, porque afortunadamente Rocío nunca ha dejado de ser esa chica que conocí en la universidad y siempre sabía cuándo era preferible callar.*

JUAN GÓMEZ BARGENA

ANDAR POR CASA

EL BRILLANTE VUELO DEL PÁJARO ALBAL

Ayer, un extraño pájaro recuperó su libertad.

Tal vez se cansó del olor de la media cebolla que envolvía, tal vez del frío y la humedad de la nevera... El caso es que voló, y la misma ráfaga de viento que lo arrebató de la encimera de mi cocina cerró la ventana tras él.

Así que ahí me quedé yo, sin saber muy bien qué hacer y llorando a lágrima viva, no sé si a causa de la emoción o porque estaba picando cebolla.

El pajaraco planeó unos instantes ante el cristal y luego se alejó agitando sus pliegues plateados y despidiendo destellos metálicos.

Trato de imaginar dónde estará ahora.

Seguramente subió a lo alto del cielo para comprobar si las nubes eran masas de vapor acuoso suspendido en la atmósfera, o enormes torundas de algodón. Luego, seguiría la estela de un avión o se mezclaría con una bandada de aves migratorias.

Viajaría agitando sus improvisadas alas, reflejando el sol y enviando mensajes cifrados en el código universal de espejos. Desde la tierra, se le confundiría con un ovni o un satélite artificial...

Pero el pájaro albal es un animal dócil y hogareño y la nostalgia siempre le puede. Por eso, quizás ahora esté arrugándose y crujiendo frente a la ventana para que le permitas amidar en tu congelador.



NOTA: Lo que se me escapó volando fue un trozo de film transparente, pero el papel albal ofrecía muchas más posibilidades.

EL ACHICOPAL

Llega el verano y ¡ah, las vacaciones! Uno se cree libre de responsabilidades: nada de preocupaciones; ¿el estrés?, olvidado; ni ordenadores ni oficina ni agenda. Qué tranquilidad, qué felicidad. Sientes ganas de silbar, de bailar, de dar volteretas (si tu anquilosamiento te lo permitiera). Empiezas a hacer planes: a partir de ahora, nada de carreras para coger el metro, sólo paseos tranquilos y erráticos, sin prisa, sin objeto. Y ¿qué tal un viaje a la playa? O tumbarse en la hierba, a ver pasar las nubes, sin más.

Y una mañana, cuando aún estás en la cama, tumbado, leyendo, escuchas un roce, unas uñitas arañando la madera y corres a abrir el armario, a buscar entre la ropa de invierno y lo presentes, justo debajo de ese jersey con olor a nafalina. Lo apartas angustiado y allí está, mirándote con sus ojos de pasado: el achicopal.

Tu achicopal tiene forma de anécdota, se parece a un recuerdo. Un recuerdo bello, sin duda, pero precisamente por ser ya sólo un recuerdo se ha convertido en achicopal.

Un achicopal es pequeño como un suricato, cabe en la palma de la mano, o incluso en un pasillero. También puede ser grande como un mastín que te espera sentado en el felpudo cuando vuelves a casa. El achicopal te acompaña día y noche, silencioso, enigmático, con su mirada de esfinge. Lo llevas en el bolsillo, como una china en el zapato o enganchado a tu muñeca como un reloj de pulsera.

Tu achicopal apenas hace ruido, cruje como las hojas secas o una carta antigua. A veces, se te olvida que está contigo y, de pronto, lo buscas con la mirada, ansiosamente. No se ha movido, está justo donde lo dejaste, clavándole sus ojillos brillantes y redondos como canicas negras.

En la oscuridad de la noche, intuyes su silueta, sus ojos como dos pozos profundos junto a la almohada. Entonces, cuando estás a punto de conciliar el sueño, suspira o se encoge de hombros. Y pasas el resto de la noche mirando el techo y esperando que salga el sol.

Un achicopal es responsabilidad de su dueño. No le puedes pedir a tu vecino que te riegue las plantas, que recoja el correo de tu buzón, que cuide a tu achicopal. El achicopal es tuyo.

El achicopal nunca viene solo. Empiezas a encontrar achicopales debajo de la cama; en el baño, junto al cepillo de dientes; dentro del frigorífico; en la bandeja de entrada del correo electrónico. Pronto, tu casa se llena de olor a telarañas o a cristal empañado, de rumor de puertas cerradas y pasos que se alejan. Y sabes que la única manera de librarte de ellos es estar ocupado, volver al trabajo y a la rutina. Sólo así podrás olvidarte de tus achicopales y, poco a poco, irán marchándose tal como vinieron, sin decir una palabra, con apenas un temblor de lluvia. Y se llevarán consigo sus miradas de pretérito, sus ojos de turmalina.

A veces pensarás con nostalgia en tu pequeño achicopal, recordarás su mirada de petróleo, e incluso crearás escuchar un romoneo de cuentas de cristal, pero no lo echarás de menos. Sabes que puede volver en cualquier momento, así que cierras bien las puertas, tapas las rendijas, eliminas todo aquello que pueda traerlo de vuelta: una entrada de cine, un disco, un par de calcetines viejos. Al principio sufrirás, te sentirás abandonado, pero el tiempo todo lo cura y la imagen del achicopal se irá borrando hasta desaparecer por completo entre desperdadores y formularios.

POÉTICA

Muchas veces no hay que buscar las historias; ellas te encuentran a ti. Pueden estar en cualquier parte —escondidas, acechando— y, cuando menos lo esperas, te asaltan y te obligan a coger el bolígrafo. A veces se disfrazan de noticias del telediario, o te esperan en una frase que escuchaste en la calle, o se transparentan en algo que pasó... o que no pasó.

Pero las cosas han cambiado mucho, los cuentos de hadas ya no son lo que eran. Ahora los príncipes son estudiantes distraídos y soñadores; los caballeros andantes luchan sin demasiado éxito contra los contratos abusivos; las princesas bostezan sirviendo mesas en bares grasientos; los náufragos envían sus mensajes en servilletas arrugadas —*Gracias por su visita*— y los dragones están en peligro de extinción.

—¡Camarero! Una ración de ancas de rana... a ver si emparento con la familia real.